

XXVII

Carta de doña Flor, Madrid 1957

*Nada que ver con la común historia
nadie me quiere y todas esas cosas
ella fregaba suelos, nunca se compró ropa
por darle un buen colegio multiplicó las sobras
cuál sería el instante, quién le enseñó estas cosas
cuándo probó la muerte y amaneció entre sombras*

Victor Manuel «La madre»

Querida Cecilia,

Cuando leas esta carta yo ya estaré en paz, así que no se te ocurra sufrir por mí. Estaré por fin descansando. Piensa que cuando me llegue la hora será porque debía llegar, porque habré cumplido con mi papel de madre, y Santas Pascuas. Recuérdame riendo, comiendo chufas y en las procesiones de Semana Santa que me emocionaban tanto. He sido una mujer feliz gracias a ti, querida Cecilia y a tu hermano, que muy poca guerra me habéis dado.

No te voy a decir cómo se lleva un hogar porque lo llevas aprendiendo desde que supiste andar y tampoco cómo debes relacionarte con los hombres porque también ha sido una cantinela que te he recitado algunas veces. Te aconsejo que te quedes a vivir en nuestra casa porque es un piso de renta antigua, pocas perras cuesta y desde tu mayoría de edad eres la arrendataria; además alguna vez tu abuela me dijo que quería comprarlo y regalártelo. Si lo hiciera no digas que no, que con tu trabajo no podrás nunca permitirte una casa propia. La máquina de coser puedes venderla o aprender cómo funciona. No te recomiendo ni una cosa ni la otra porque quiero que hagas lo que te venga en gana. Ya ves, tu madre no siempre te iba a dejar todo hecho.

Tu hermano estará bien con el tío Plinio y su esposa, son buena gente y le quieren mucho. Estoy segura de que le adoptarán porque no tienen hijos — Y mi madre y yo nos miramos celebrando el buen ojo de doña Flor— Tú no te preocupes por nada, tu hermano tendrá una buena vida y tú deberás buscártela. Don Braulio Barulio parece un buen elemento pero debes estar siempre ojo avizor porque los hombres, solitarios como él, son peligrosos. No te escotes, no te recortes las faldas, no le des ideas que cualquier día se le desatan los instintos y pasa cualquier cosa. Bueno, tú de esto sabes poco pero ya te enseñaré la vida que a mí parece que no me dio tiempo.

Respecto a los hombres importantes de tu vida, sobre todo aquel que será tu compañero cuando quiera cruzarse contigo; sé cauta y observa. Debes fijarte en las uñas y en los zapatos, si va todo limpio, empezamos bien. Si es puntual en la citas y apunta maneras de caballero, aunque sea pobre, vale. El dinero ya vendrá. Lo

importante es el interior de las personas y los buenos modales son una pista. También su mirada, las miradas limpias lo dicen casi todo. Busca siempre miradas limpias, hija, y para evitar percances, viste siempre recatada.

Ahora he de hablarte a ti y solo a ti de otro asunto que te sorprenderá y te dará una imagen nueva de mí, de Flor, de tu madre. Debí decírtelo antes pero nunca reuní el valor suficiente para afrontar tu reacción. Iré al grano porque estás a punto de llegar y no quiero que me pilles escribiendo.

Tu padre, al que yo mentaba a veces como Crisanto, me hizo sufrir mucho porque fue un hombre malo. Desde el día después a nuestra boda me hizo la vida imposible. ¿Vida, digo? A su lado yo estuve muerta, el velo de mi boda podía haber sido negro como prolegómeno a la convivencia que estaba a punto de comenzar junto a un ser ruin como tu padre. Y ahora pensarás: ¿y cómo no se dio cuenta antes? Pues te lo digo, porque los hombres malos tienen el increíble atractivo del que les dota el haberse paseado por las puertas del infierno. Ese paseo les convierte en un imán para las niñas tontas, que era lo que yo era cuando me topé con él. Él conocía las dos caras de la vida: la de las gentes de bien, porque su madre es un alma limpia, y la del demonio.

Al poco de casarnos no había jornada en la que no me propinara una buena paliza o me gritara hasta hacerme perder la cordura. Recuerdo como salían zumbando las moscas cuando empezaba a hablarme cada vez más alto hasta el alarido. ¿Y las caras? ¡Ay qué caras! Era una especie de toro bravo al que se le juntaban los dientes con las cejas. No sabes qué miedo daba. Es ahora que lo rememoro y hasta la letra me sale temblona, hija mía. Intentaré calmarme para que puedas leerme.

A veces desaparecía durante días en los que yo rogaba a Dios que no volviera, que se despeñara por algún barranco o que se fugara con alguna fresca; pero él siempre regresaba apestando a alcohol, sucio como un puerco demandando sexo. Era horrible hija. Nunca supe si el sexo era aquello que él me hacía porque me hacía daño y parecía que cuanto más resistencia ponía, el animal, disfrutaba más. Nunca me enteré si era eso lo que hacían los matrimonios. Con el tiempo supe que no, que no era así que el sexo es cosa de dos y es mejor si se entremezcla con el amor. Hija mía, cuando te llegue la hora, ama y sé amada primero.

Sufrí mucho durante años hasta que un día, el día en el que afloró en mí un instinto de supervivencia, hice lo que hice. Te aseguro que no planifiqué ni la compra del anís, que fue un impulso cuando la vi en un escaparate, ni mi forma de proceder. Era como si una voz me diera órdenes, una voz que me decía «debes vivir por tu hija Cecilia». Mi mayor temor, hija querida, fue siempre que tu padre te sacudiera como a mí y acabáramos muertas la una o la otra. Por eso hice caso a un estímulo que nos amparaba a las dos.

Una mañana, estando los dos solos en casa, le emborraché. Puedes suponer que me resultó sencillo. Le tenté para que soprase más que nunca y dejé que se quedase dormido sobre la mesa del comedor. Luego llené la bañera mientras le vigilaba

acercándome a la puerta del baño cada poco. Con todo dispuesto volví y conseguí arrastrarle y meterle en la tina. Tú padre era un tirillas, no me costó demasiado cargar con él y hundirle en el agua. Él estaba completamente inconsciente.

Le había dado anís de Chinchón del más fuerte, el que había comprado en el colmado de otro barrio. Tú eras una niña pequeñita que dormía plácidamente y tu hermano estaba ya en mi seno sin que yo lo supiera aún. Ante el miedo a que despertase antes de irse ahogado al infierno, eché al agua la radio que él siempre tenía puesta en el baño mientras hacía sus cosas. ¡Ese era otro de los martirios, la radio a todo volumen con los programas deportivos! Algo de lo que tú no puedes acordarte. El aparato dio un chasquido y soltó una luz naranja. El cortocircuito mató a tu padre. Luego desenchufé la radio y la llevé a la cocina, le desnudé, preparé el baño con esmero y llamé a la policía presa del pánico. A lo efectos legales todo se trató como si hubiese sido un accidente; aunque tuve que enfrentarme más de una vez a la suspicacia de alguna vecina. Unos celos cercanos a la envidia, a decir verdad, porque yo había conquistado la libertad y eso no entraba en los esquemas de aquellos tiempos. Ahora te preguntarás de dónde sabía yo lo del transistor en el agua, pues bien ¿te acuerdas de don Ferlosio? ¿Aquél al que de vez en cuando le dábamos cosas de tu padre? Pues había sido electricista y como conocía mi sufrimiento (creo que en el barrio todos los sabían) un día y sin yo pedírselo me contó lo peligroso que era tener aparatos eléctricos en el baño.

Me libré de tu padre hija, porque si no la muerta habría sido yo o tú, quizás.

No sé si debo pedirte perdón o debes darme las gracias. Te privé de un padre pero te ahorré buenas tundas de palos. Toda esta confesión ha de quedar entre tú y yo: Ni tu hermano, ni tu abuela Narcisa, ni el tío Plinio deben tener conocimiento de nada de lo que te he contado, jamás. Creo que ninguno habría podido entenderme como tu habrás hecho, hija mía.

Flor, tu madre que te querrá siempre

—¡Dios mío qué dramón! Pobre Cecilia.

—No fue tan tremendo, Isla. Cecilia no conocía a su padre, nunca había llamado «padre» a nadie y su madre era una mujer omnipresente y multitarea capaz de resolver cualquier contratiempo. Dudo que Cecilia hubiese podido soportar otra autoridad además de la de su madre y la de la abuela Narcisa, que era su referencia amable.

—Ya pero para Cecilia enterarse de que su madre había matado a su padre no creo que fuese algo fácil de asimilar; sobre todo porque una muerte había desenterrado otra.

—No Minerva, la muerte del padre no fue una muerte como la de su madre, sino un alivio porque fue el final de la amenaza de su retorno. Cecilia no tuvo nunca interés en conocer a su padre. Su madre la había aleccionado bien al respecto de la bondad de la ausencia paterna; y si alguna vez pensaba en que él podía volver, no conseguía dormir.

—Sí, Edu, todo parece lógico pero no me negarás que averiguar que su madre era una asesina no la dejó boquiabierta y, cuanto menos, decepcionada.

—Sí y no. Sí, porque la recordaba en las procesiones de Semana Santa rezando y llorando, y ahora tendría que lidiar con el recuerdo de que su madre cargaba el recuerdo de un cadáver en el bolso, junto al misal. Y no, porque supo reconocer la valentía y la entereza de habérselo ocultado. Y he de añadir que tampoco le decepcionó porque para ella era una nueva lección de su madre a la que no le dio lectura de crimen sino de descubrimiento.

—¿De descubrimiento?

—Sí, «matar estaba al alcance de cualquiera»

—¡Qué barbaridad! — dijo Minerva.

—Por aquel entonces Cecilia ya tenía suficiente información sobre mujeres que sufrían por culpa de sus parejas, ya conocía el dolor de muchas congéneres y la solución orquestada por su madre no le pareció un disparate, ni siquiera un pecado. No os olvidéis que para Cecilia un padre no era una pieza necesaria y que el otro hombre en su vida, aparte de su hermano y yo mismo, era don Braulio y no tenía con ella un comportamiento llamémosle «ejemplar». La autoridad masculina adulta y respetable no entraba en ninguno de sus escenarios.

—¡Pobre señora! En aquellos tiempos en los que la mujer tenía que pedir permiso al marido para todo. Casi llego a entenderla porque seguro que doña Flor, tras el asesinato de su Crisanto, pudo tener una existencia a salvo del dolor que conocía tan bien. Encontró la paz que se suministró ella misma.

—Caviló Minerva pensando en el tío Ginés, mi padre, un hombre con el que los años pasaron volando por su estupendo sentido de la vida. Lástima que se fuera tan pronto y nos dejara tan solas.

—Estos son los hechos, Cecilia se convirtió en huérfana a la muerte de su madre. La invención del padre fugitivo tuvo siempre la finalidad de adoctrinar a su hija en la maldad masculina. Cecilia acogió esta primera enseñanza pero también la segunda, la de que «matar estaba al alcance de cualquiera» aunque con otros matices.

—Pero Edu, ¿tiene algo que ver con el crimen sobre el que la interpeló el cura en el Tanatorio? —le pregunté sintiendo que empezaba a entender el porqué de algunas cosas.

—¿Y la misiva? — recordó mi madre y a mi mente acudió la imagen del rollito de papel sujeto por una pinza en un tendal que había recibido la hermana de Raimundo Mangés.

—Eso Isla debe contártelo ella porque es su obra. Yo solo fui su secretario por eso tengo conocimiento de todo.

—Pero sí puedes hablarnos de la abuela Narcisa— preguntó mi madre que se sentía mejor que en el Cine — ¿Por qué era su referencia amable? Edu, ¿y por qué la madre del fugitivo siguió creyendo que lo era? ¿Acaso no se enteró de su muerte accidental?

—Sí, claro que se enteró de todo y se encargó de todo el ceremonial de la muerte de su hijo, que se hizo en el pueblo de un modo bastante sigiloso por las malas lenguas que siempre rondaron al elemento.

—No entiendo nada Edu, si lo enterró ¿por qué siguió hablando de él como si estuviese vivo?

—Pues porque era una señora muy peculiar para la que la muerte y la vida eran casi lo mismo.